

La calle
Diario de un espectador
Otros maestros
por miguel ángel granados chapa

para el miércoles 21 de mayo de 2008

Nos hemos introducido en el túnel del tiempo para recordar a los maestros de quienes recibimos enseñanzas y ejemplo (bueno o malo) hace medio siglo, en la secundaria técnica y en la preparatoria de Pachuca. Además de las asignaturas académicas, la prevocacional incluía talleres, atendidos por artesanos competentes en lo suyo que alguna habilidad debían tener para ser profesores de su oficio. Eran José Orozco, en la carpintería, el maestro Ocaña en la herrería, Alberto Alvarado en electricidad; Roberto Chiapa en hojalatería. Era obligado para pasar cada curso realizar una pieza propia de la materia. Así, hicimos en el torno de la carpintería un rodillo para amasar harina; una cubeta; un amarre cola de rata para instalación eléctrica, una alcayata forjada a partir de un trozo de hierro calentado al rojo blanco sobre el cual se espolvoreaba bórax (o altincar) antes de modelarlo con el mazo.

Durante el bachillerato, ya hemos contado en otra parte que el magisterio del doctor Pedro Espínola Noble fue ejercido conforme lo indica su segundo apellido. Murió hace apenas unos meses (y da la casualidad, en que reparo ahora, de que estas líneas se publicarán el día del cumpleaños de su hija mayor, Eugenia, cuya inteligencia cautivó nuestra adolescencia) y algunos de nuestros compañeros hicieron suyos los juicios que escribimos sobre él en Reforma. Leonel Gil Noble, el mejor de los bachilleres egresados en 1959 añadió dos rasgos a la descripción que hicimos sobre la personalidad de nuestro profesor de literatura universal: la franca sonrisa que mostraba una dentadura de piezas anchas y firmes y los lentes que denotaban astigmatismo o miopía en alto grado.

El doctor Francisco Zapata era uno de los tres o cuatro dentistas de la ciudad (el doctor González Sánchez, el doctor Loperena y alguno más completaban el breve elenco de odontólogos). Tenía la cabeza enteramente rapada, acaso porque la navaja completaba la caída del pelo que lo dejaba irremisiblemente calvo. Se nos figuraba a Luthor, el enemigo de Superman. Enseñaba historia de la revolución mexicana. Lo atendíamos un pequeño grupo, ya que era una materia optativa, escogida por quienes estudiarían ciencias sociales o humanidades. Ese era también el caso de la clase de retórica, a cargo del licenciado Benigno Gómez Quezada, agente del ministerio público e hijo del profesor Reynaldo Gómez, que en la secundaria técnica y en la preparatoria era maestro de dibujo. Gómez Quezada era además poeta. Lo veíamos algunos sábados por la noche en el Casino español, donde nos asomábamos atrevidos a la tertulia de la Colmena lírica, el cenáculo de los más leídos y escritos de la comarca, después de haber participado en el mismo lugar en el seminario de discusión que organizaba a favor de nuestra preparación el profesor de sociología, Serafin Trevethan.

Ignorantes o escépticos (lo uno a causa de lo otro) nos costaba trabajo aceptar que Gómez Quezada era algo más que el paciente profesor a cuyo rostro arrojaban sus bocanadas de humo los incipientes fumadores que eran algunos de nosotros. Nos costaba admitir que era un poeta de la dimensión de Luis G. Urbina, pues nos hizo conocer su propio madrigal, y lo suponíamos meramente plagario de un texto ajeno. Pero no, era suyo, y si hubiera vivido en un ambiente menos sórdido que la procuración de justicia en Hidalgo, hubiera podido ser la muestra de sus potencias literarias. Dice así su madrigal:

“¿Sabes qué es un madrigal/
cuando brota de la pluma?/
Pues es un copo de espuma/
salpicado en un rosal./
Es una abeja ideal/
que lastima/
si los toca/
los corazones de roca./
Es un beso enloquecido/
que anda buscando su nido/
en el caliz de tu boca”

Esos versos dichos de modo oportuno nos fueron de gran utilidad en la vida.